

## **APROXIMACIONES A LA RELACIÓN ENTRE CIENCIA Y MÍSTICA EN TEILHARD DE CHARDIN**

### **APPROACHES TO THE RELATIONSHIP BETWEEN SCIENCE AND MYSTIC IN TEILHARD DE CHARDIN**

**Andrés Ignacio Moreno Saldaña**

Universidad Católica de la Santísima Concepción, Concepción, Chile

<https://orcid.org/0009-0000-2539-493X>

[amoreno@filosofia.ucsc.cl](mailto:amoreno@filosofia.ucsc.cl)

Recibido: 21/06/2024

Aceptado: 10/09/2024

#### **Resumen**

La relación entre la religión y la actividad científica, entre la mística y el saber objetivo, ha resultado históricamente problemática. El pensamiento de Teilhard de Chardin, sacerdote católico y científico, posee múltiples elementos que permiten establecer un diálogo fecundo a este respecto. Su teoría evolutiva está impregnada por interpretaciones de carácter teológico: su fe en la evolución no está separada de su vida interior, de su mística y ascética, de su personal devoción. Explora la experiencia espiritual del hombre por medio de una particular división de la vida humana: el campo de nuestras actividades y el campo de nuestras pasividades. Teilhard realiza en sus escritos toda una suerte de pedagogía mística que compromete sobremedida nuestra concepción y relación personal con el universo en su totalidad. Él mismo reconoce, luego de repasar las actitudes históricas con respecto a la indagación científica, la urgente vocación de la conciencia moderna hacia una mística de la ciencia. El pensador francés realiza, pues, un valioso esfuerzo por integrar la búsqueda científica con el camino místico y unitivo. Se realizará en este ensayo una breve introducción a su particular visión.

**Palabras clave:** *Teilhard de Chardin, ciencia, mística, el medio divino.*

#### **Abstract**

The relationship between religion and scientific activity, between mysticism and objective knowledge, has historically been problematic. The thought of Teilhard de Chardin, a

Catholic priest and scientist, contains many elements that allow for a fruitful dialogue in this regard. His evolutionary theory is permeated by interpretations of a theological nature: his faith in evolution is not separated from his inner life, from his mysticism and asceticism, from his personal devotion. It explores man's spiritual experience through a particular division of human life: the field of our activities and the field of our passivity's. In his writings, Teilhard carries out a kind of mystical pedagogy that greatly compromises our conception and personal relationship with the universe in its entirety. He himself recognizes, after reviewing historical attitudes with respect to scientific inquiry, the urgent vocation of modern consciousness towards a mysticism of science. The French thinker thus makes a valuable effort to integrate scientific research with the mystical and unitive path. In this essay a brief introduction to his particular vision will be made.

**Keywords:** *Teilhard de Chardin, science, mystic, the divine milieu.*

## 1. Introducción

¿Dónde está el sabio?

¿Dónde el letrado?

¿Dónde el disputador de las cosas de este mundo?

¿No ha hecho Dios necesidad la sabiduría de este mundo?

1 Cor 1, 20

El saber del místico es, a diferencia del conocimiento científico o filosófico, por definición indecible. Lo silencioso e intransferible de la experiencia mística no hace, sin embargo, del misticismo una fuente de saber del cual se deba tener poca estimación, más bien al contrario. En palabras de Ortega y Gasset (1964): “Sería, pues, un error desdeñar lo que ve el místico porque sólo puede verlo él” (p. 455). Sin embargo, el mismo pensador español opta por defender el saber teórico del teólogo por sobre el saber extático del místico. El misticismo tiende a buscar la profundidad y lo abismático. En cambio, la filosofía (madre de las ciencias) se orienta hacia la claridad y la transparencia; tiende, en última instancia, hacia la manifestación, esto es, a la palabra. El místico comunica sus mensajes con palabras que nos seducen, dejando a un lado una argumentación estrictamente racional de lo que afirman. El misticismo se distingue, pues, de la filosofía y de la ciencia al ser un saber no conceptual (su contenido no es enunciable en una teoría). Con todo, los místicos han sido en muchas ocasiones “(...) los más formidables técnicos de la palabra” (Ortega y Gasset, 1964, p. 458). Y una palabra que corre mayormente en su vertiente poética, de gran alcance dramático. Pero, en su conjunto, esta serie de signos resulta impotente frente a la experiencia radical del fenómeno místico, siempre velado por un abismal silencio. Parecería, incluso, que los escritos de esta índole: “Pretenden llegar a un conocimiento superior de la realidad. (...) Pero lo que nos dicen es de una trivialidad y de una monotonía insuperables” (Ortega y Gasset, 1964, p. 459). Por consiguiente, se podría llegar a concluir que, aparentemente, la visión mística como tal no conlleva consigo beneficio intelectual alguno.

El tema principal que abarcan estas páginas es el de la relación entre la ciencia y la mística, desde la base del pensamiento del paleontólogo Teilhard de Chardin. En él, se entrelazan de una particularísima manera la fe del místico junto a la afanosa búsqueda de conocer la realidad material, propia del hombre de ciencia. Ciencia y mística están al parecer muy alejadas la una de la otra. Los científicos, por una parte, han alcanzado en nuestros días fronteras altísimas con respecto del conocimiento de la realidad fenoménica. Con todo, finalmente, afirma Marías (1995): “Tropiezan con el misterio de lo real. Más allá de lo que

descubren las disciplinas científicas, se preguntan por el sentido de la existencia de eso que se esfuerzan por comprender” (p. 161).

Los filósofos, por su parte, se enfrentan directamente a las cuestiones fundamentales de la realidad, con independencia respecto a la posibilidad (o imposibilidad) de llegar a una solución, a una certidumbre. A la ciencia, en cambio, le es necesaria la exactitud y la claridad objetiva; en ella las respuestas tienen un rol capital. Se dejan de lado, por ello, las preguntas radicales que sostienen la vida humana, aquellas que guardan relación con el misterio de lo real. Empero, los “(...) límites de la ciencia no son necesariamente los del que la cultiva” (Marías, 1995, p. 163). La ciencia, al renunciar a problemáticas que se presentan como insolubles, parcela en exceso la perspectiva de quien investiga. Pero el hombre de ciencia, que no es sólo algo sino también alguien (es decir, en su condición de ser personal) no puede eludir el encuentro con las dimensiones que abrazan la realidad desde una vertiente más honda. Sin embargo, para enfrentarlas, el científico tiene que salir de los contornos de su propia disciplina, para abrirse al pensamiento filosófico. Si ya la ciencia como tal se distingue de la filosofía, pareciera que fuera aún más ajena a la mística<sup>1</sup>. Sin embargo, hay, sobre todo en nuestros días, una necesidad de fomentar el diálogo entre estos ámbitos del saber humano. Nos aproximaremos brevemente, en el presente ensayo, al pensamiento de Teilhard, como un puente viable para establecer esta relación.

¿Existe, pues, relación entre la ciencia y la mística en el pensamiento de Teilhard de Chardin? ¿Y, si es así, cómo se expresa este vínculo? Esta breve investigación intenta responder a estas preguntas. La hipótesis guía es que efectivamente hay una íntima relación entre ciencia y mística en la doctrina teilhardiana. Esta se expresa en la totalidad de su pensamiento, desde sus observaciones paleontológicas hasta sus escritos de vida interior. De manera especial, cabe señalar la importancia capital de la visión del ‘medio divino’, la cual supone la sacralización de la dimensión activa y pasiva del ser humano. Este breve estudio tendrá, pues, como objetivo presentar someramente la mística teilhardiana y el alcance que tiene esta en la actividad del científico. Metodológicamente, partimos de una lectura crítica, análisis e interpretación algunos de los textos fundamentales de Teilhard de Chardin, en torno a los temas anteriormente aludidos.

## 2. Mística de Teilhard de Chardin: el Medio divino

¡Báñate en la Materia! (...) ¡Sumérgete en ella, allí donde es más impetuosa y más profunda! ¡Lucha en su corriente y bebe sus olas! ¡Ella es quien ha merecido en otro tiempo tu inconsciencia; ella quien te llevará hasta Dios! (de Chardin, 2001, p. 49)

Mística es un vocablo que puede revestir múltiples significados, tanto religiosos como no religiosos. En el contexto de este estudio, es evidente que la religiosidad tiene una presencia dominante. Podemos considerar, de manera genérica, como fenómenos místicos a

---

<sup>1</sup> La palabra ‘mística’ deriva del griego antiguo ‘*mystikos*’ que designa, en un contexto no cristiano, a los llamados ‘misterios’. En concreto, se trataba del conjunto de ceremonias propias de las religiones místicas —en las cuales el iniciado (*mystos*) se incorporaba, por una serie de experiencias rituales no racionales, al proceso muerte-resurrección de una divinidad particular—. Estas palabras derivan del verbo *myo* que hace referencia al acto de cerrar la boca y los ojos —simbolismo que sirve para caracterizar el acceso a realidades secretas, herméticas, misteriosas (Velasco, 2003) —. Por consiguiente, el vocablo refiere particularmente al acceso a realidades de índole superior, no accesibles dentro del ámbito de la conciencia ordinaria de las cosas.

experiencias interiores que “(...) tienen lugar en un nivel de conciencia que supera la que rige en la experiencia ordinaria y objetiva, de la unión (...) del fondo del sujeto con el todo, el universo, el absoluto, lo divino, Dios o el Espíritu” (Velasco, 2003, p. 23).

En la obra de Teilhard el término ‘mística’ (*mystique*) puede revestir múltiples significados<sup>2</sup>. En primer lugar, designa la búsqueda del Uno más allá de la multiplicidad –camino que nace de una íntima necesidad espiritual y procede mediante una ciencia y un arte–. En un segundo sentido, más propiamente cristiano, significa la búsqueda de una unión personal con Dios en Jesucristo, su Hijo. Por último, el vocablo ‘mística’ posee una acepción que comprende el momento cumbre de la visión teilhardiana –de carácter personalista, cristocéntrica, evolutiva (es decir, occidental) y opuesta a la mística no personal del Oriente, la cual conduce a la disolución en el Absoluto indeterminado–.

Pierre Teilhard de Chardin es un hombre de una profunda religiosidad. Sacerdote católico y científico hallan en su persona y en su obra una síntesis admirable, pocas veces igualada. Su personal visión de la vida interior la podemos hallar en una de sus obras más conocidas: ‘El Medio divino’ (publicada en 1926). En este ensayo, Teilhard explora la experiencia espiritual del hombre por medio de una particular división de la vida humana: el campo de nuestras actividades y el campo de nuestras pasividades. Su enseñanza deviene, progresivamente, en una educación de ‘la mirada’, para que esta pueda responder a las exigencias de un Universo que se nos descubre inconmensurable a la luz de los conocimientos actuales. En la conciencia humana, este encuentro con la inmensidad tremenda del Universo es, a juicio de Teilhard, causa de profundo desasosiego, angustia, delirio y fascinación<sup>3</sup>.

¿Acaso el Dios cristiano, al cual se consagra el sacerdote, puede abarcar las dimensiones enormemente engrandecidas del Universo? Ante estas y otras inquietudes, Teilhard se propone “(...) enseñar a ver a Dios por todas partes: verlo en lo más secreto, en lo más consistente, en lo más definitivo del Mundo” (de Chardin, 2008, p. 14). ‘Ver’ es, en este contexto, vivir inmerso en el ‘Medio divino’, el cual es un centro en donde “(...) se tocan todos los elementos del Universo por lo que tienen de más interior y definitivo” (de Chardin, 2008, p. 79). El cosmos se convierte, por así decirlo, en una gran sinfonía que evidencia, de una u otra forma, la presencia del misterio. La presente actitud frente a la realidad también influye con respecto a la actividad del científico. Teilhard investiga, pues, la realidad no sólo como un hombre de ciencia, sino también como un místico convencido.

Teilhard de Chardin (1984) se propone estudiar: “Sólo el Fenómeno, pero también todo el Fenómeno” (p. 39). Se ubica, entonces, en las antípodas de lo que comúnmente se entiende por ciencia. Su ‘fenomenología científica’ se opone a ella, en cuanto que considera la cara interna y externa de las cosas. El pensamiento científico, por su lado, se especializa en un fragmento determinado (externo, aparente) de la realidad. El pensador francés no se conformó, pues, con vislumbrar la mera cascara superficial de las cosas. Buscó más hondamente, quería hallar el relato interno de la realidad circundante, el ‘corazón de la Materia’<sup>4</sup>. Es aquí donde entra en juego la especulación filosófica y teológica. En Teilhard, investigación y devoción se confunden: “(...) he amado y escrutado siempre la Naturaleza, puedo afirmar que no lo he hecho como «sabio», sino como «devoto»” (de Chardin, 2001, p. 36). Su pensamiento está, entonces, marcado por una afanosa búsqueda de síntesis,

<sup>2</sup> Cf. Cuénot, 1968, pp. 128 ss.

<sup>3</sup> Cf. Blaise Pascal (2014), en quien se podría encontrar un terreno fértil para encontrar relaciones entre la ciencia y la mística, afirma, en sus Pensamientos (L.-B.: 201-206), lo siguiente: “El silencio eterno de los espacios infinitos me espanta” (p. 92).

<sup>4</sup> Cf. de Chardin, P.T. (2008). La fuerza espiritual de la Materia. En *El medio divino* (pp. 69-73). Trotta.

búsqueda de un saber más integral que lo acerca más a la reflexión metafísica, pese a que en ningún momento pretendió ser estimado como ‘filósofo’.

El campo de nuestras acciones y de nuestras pasividades son sólo posibles en virtud del ‘Medio divino’ que nos rodea:

En torno a nosotros, por todas partes, (...) nos ha bastado con dejar atrás un poco la zona de las apariencias sensibles para ver surgir y transparentarse lo Divino. (...) Valiéndose de las criaturas, lo divino nos asedia, nos penetra, nos fragua. (...) En verdad, este Mundo (...) es un lugar sagrado. ¡Y no lo sabíamos! *Venite, adoremus* (Venid, adoremos). (de Chardin, 2008, p. 77)

El Medio divino, campo de las energías divinas y de la acción de Cristo, está inserto en la vida humana e influye en ella de múltiples formas. Al establecerse en el Medio divino, el hombre es capaz de encontrar a Dios en el Mundo; se hace sensible a lo sagrado en lo íntimo de su alma, capaz de escuchar la ‘voz’ de la Materia. Dios se vincula íntimamente con los elementos que componen el universo, no descubriéndose “(...) como un medio universal, sino porque es el punto último en el que convergen todas las realidades” (de Chardin, 2008, p. 78). La conciliación de las realidades contingentes encuentra su rostro en el Dios vivo. Es, entonces, en el Medio divino, donde la integralidad de la vida humana se santifica en Cristo. En él, pareciera superarse la barrera que suele separar, en la conciencia ordinaria, lo así llamado ‘profano’ de lo ‘sagrado’.

Lo esencial dentro de las teorías de Teilhard es el aspecto religioso. Su teoría científico-mística puede definirse como una ‘cristificación’ del universo por la vía de la evolución. El paleontólogo francés critica duramente la concepción ‘clásica’ de la idea de creación, que acentúa lo arbitrario, contingente y gratuito de ella. Esa visión, a su juicio, reduce enormemente el alcance de la acción humana –la cual comprende el trabajo físico e intelectual, es decir, incluye las ciencias–. El llamado del hombre a colaborar en la creación misma se encuentra, entonces, obstruido, infravalorado. Para evitar esto, Teilhard opta por una opción no nueva dentro del pensamiento humano: Dios se perfecciona por la creación. Y es la misma acción del hombre un elemento sustantivo que puede entrar dentro de este perfeccionamiento divino: “Con cada una de nuestras obras trabajamos, atómica, pero realmente, en la construcción del Pleroma, es decir, en aportar a Cristo un cierto perfeccionamiento.” (de Chardin, 2008, p. 29). El científico vuelve sobre sí, una y otra vez, en una tenaz insistencia con respecto a la salvación de la materia (y también, por ende, de la acción efectiva del hombre en el mundo). De esta manera, buscará sintetizar la noción tradicional de creación con la idea moderna de evolución.

### 3. Mística de la ciencia

A juicio de Teilhard, uno de los rasgos más extraordinarios del mundo actual es la función que ha adquirido progresivamente la investigación. La indagación científica se ha transformado en una actividad fundamental y de especial preocupación para la conciencia del hombre contemporáneo. Lejos de conferirle una causa mecánica (necesidad de bienestar, sobrevivencia, etc.) a este fenómeno, el pensador francés reconoce aquí el valor de una pasión desinteresada. La imagen del investigador le despierta esperanza. Proyecta en su figura una especial apertura al horizonte trascendente. Hay, pues, en todo científico, actitudes que rozan lo religioso: “(...) el hombre moderno ha puesto su interés y su esperanza en un destino ilimitado, más allá de sí mismo. (...) Esperanza en un futuro sin límites: los dos caracteres esenciales de una religión” (de Chardin, 1963, p. 179). Por ello, Teilhard

intenta analizar la ‘mística de la ciencia’, mediante un recorrido histórico de las actitudes humanas frente a la investigación.

Teilhard de Chardin destaca sobremanera un hecho histórico de suma importancia dentro del desarrollo de la conciencia del hombre, acontecido en los últimos siglos: el ‘descubrimiento del Tiempo’. Un horizonte de duración sin límite y evolución ha transformado el valor y el sentido de la actividad científica. Por la conjunción de varios factores sociales y culturales, sumado a una serie de descubrimientos en el campo científico –entre los cuales destacan aquellos que darían pie a las teorías evolutivas– se construyeron los cimientos de una revolución sin precedentes en el pensamiento humano. Un tiempo evolutivo, progresivo y en ascenso dejaba entrever detrás de sus vestiduras el admirable relato de una ‘antropogénesis’<sup>5</sup>. Estos acontecimientos singularísimos contribuyeron, entonces, a una poderosa germinación de la conciencia del progreso que, en un primer momento, se manifestó en lo que Teilhard denominó la ‘Religión de la Ciencia’.

Acontece en la conciencia humana, enfrentada el descubrimiento del Tiempo, una profunda conversión. Todo lo cual tuvo enormes consecuencias con respecto al punto de vista desde el cual se le da sentido al esfuerzo propio de la indagación científica. El acto de investigar no es sino una ocupación seria, grave, vital y sagrada. El mismo Teilhard de Chardin (1963) afirma que se trata: “No solamente saber por curiosidad, saber por saber, sino saber por fidelidad a un desarrollo universal que tomaba conciencia de sí mismo en el espíritu humano, saber para crear, saber para ser (...)” (p. 186). Sin embargo, esta misma transformación del conocer humano sería gradual y sólo lograría manifestar algunos atisbos de su más profunda significación.

En un primer momento, la mística del progreso tomó la forma de una ‘Religión de la Ciencia’, cuya perspectiva caía en el culto a la materia. Lo fenoménico, esto es, lo aparente, es visto aquí como un fin en sí mismo; quedaba descartado el misterio de todas las cosas. Anulada toda vinculación trascendente, el espíritu quedaba olvidado, perdía su valor y su realidad. Se privaba, así, a la conciencia humana de la posibilidad de poseer una visión que confiriera sentido y dirección al universo en progreso. La ‘Religión de la Ciencia’ como tal tenía en sí una semilla de transformación enriquecedora, pero, al mismo tiempo, dejaba al ser humano huérfano de un sentido más elevado que estuviera a la altura de las altas exigencias de su espíritu.

La llamada ‘Religión de la Ciencia’ traía consigo el acaecimiento de una profunda crisis intelectual y moral, que no dejó de afectar a la tradición espiritual a la que suscribió el pensador francés. En un primer momento, esta se mostró recelosa del espíritu científico emergente, dando así lugar en el siglo XIX a una guerra entre ciencia y religión, que para Teilhard no viene a ser más que una “(...) lucha entre dos místicas contrarias para dominar el corazón humano” (de Chardin, 1963, p. 192). El conocimiento holístico, integral, tan afanosamente buscado por el paleontólogo, hallaba sus fuentes en la mística cristiana. De las fuentes de su propia tradición espiritual beberá, para ver finalmente en ellas una salida a la crisis intelectual y moral del progreso: “(...) el cristianismo es una doctrina y una perspectiva de transformación universal. Por la Encarnación Dios ha descendido a la naturaleza para sobreenimarla y llevarla a Él (...), este dogma puede acomodarse a diversas representaciones del mundo experimental” (de Chardin, 1963, p. 193). De este modo, la estructura evolutiva del universo es, para Teilhard, un modelo adecuado representar la

---

<sup>5</sup> Léxico: “Antropogénesis: aparición y desarrollo del grupo humano por la superación de un umbral específico -el paso de la reflexión- que corresponde a la vez a un estado superior de ordenamiento cósmico (continuidad) y a un cambio de naturaleza (discontinuidad). (...)” (de la Noi, 1973, p. 296).

Encarnación. Otra vez más, el pensamiento teilhardiano interpreta el ‘Fenómeno’ desde presupuestos teológicos y místicos. ¿Es acaso esto violencia, fideísmo, mala ciencia poética?

Así, siguiendo las reflexiones teilhardianas, acontece una conversión de la actitud humana frente a la investigación. Pero no en todos los casos, sino tan sólo para quienes cultivan al mismo tiempo una apertura con respecto a la relación viviente entre la ciencia y la espiritualidad: “Para el evolucionista hecho cristiano, puede ser superada la barrera que parecía separar lo profano de lo sagrado, (...) toda obra adquiere (...) un valor de santidad y de comunión” (de Chardin, 1963, p. 194). Es el evolucionismo espiritualista, según Teilhard, la solución necesaria para salir de la crisis intelectual y moral del hombre moderno, respecto a lo que tiene esta de vinculación con las perspectivas científicas.

Aquella es, pues, la mística que necesitaríamos con urgencia. Así estaríamos en mejores condiciones para comprender (y actuar en) el universo personal (y en vías de mayor personalización), un universo cuya energía unitiva primordial es el amor, sin el cual es imposible una auténtica mística: “El Amor es la más universal, la más formidable y la más misteriosa de las energías cósmicas. (...) es una reserva sagrada de energía y como la sangre misma de la Evolución espiritual (...)” (de Chardin, 1963, pp. 35-37). El ‘sabio cristiano’ se nos presenta, entonces, como el tipo humano con las fuerzas necesarias para consagrarse por amor al saber (al conjugar inteligencia y adoración), para mayor bien del movimiento evolutivo. Por consiguiente, otra vez sabio y devoto, investigador y santo, se confunden. Todo para “(...) hacer avanzar (...) un Universo en el seno del cual viene Dios a establecerse” (de Chardin, 1963, p. 194).

#### 4. Conclusiones

En la obra de Pierre Teilhard de Chardin encontramos una particularísima vinculación entre ciencia y mística. Ante esta relación, antes expuesta, cabe preguntarse si es lícito (o no) pasar de la fenomenología científica a la fe y dejar de lado cualquier intermediario estrictamente filosófico o teológico. La respuesta más común a este cuestionamiento es un rotundo no. ¿No será acaso una proyección de la fe del sacerdote sobre los datos sensibles? ¿Es esto mero fideísmo materialista? ¿Es esta relación entre mística y ciencia contraria a una interpretación más fidedigna del así llamado ‘Fenómeno’? Ahora bien, hay que recordar que el pensamiento de Teilhard no se puede comprender si se ignora su carácter confesional; su credo es el del cristianismo católico. Esto es indudable pese a que, en varias ocasiones, se le atribuye un cierto panteísmo.

Lo que intenta realizar Teilhard en su obra es dejar a un lado la labor propia del filósofo y del teólogo. Se moviliza mayormente en el terreno de una personal ‘fenomenología científica’. Descubre, de esta forma, un camino diferente para llegar a la dimensión religiosa, sagrada, para entrar en relación con Dios y el alma. El edificio de su pensamiento construye, pues, un puente que enlaza la fe vívida del místico con la fenomenología científica. Por consiguiente, las figuras del científico y del místico se aproximan. Sin embargo, esto no está exento de limitaciones: “Viviendo una fe completa, él sólo desarrolla técnicamente su aspecto natural, es decir, las infraestructuras humanas, y por ello se le reprochan tantas insuficiencias.” (Chauchard, 1965, p. 133). El sacerdote y místico jesuita presenta una visión que no es sino una versión peculiar del acceso tradicional a Dios a través de la creación. No se contradice con la fe del sacerdote, que acepta tanto la trascendencia de Dios como su secreta presencia animadora en sus obras. El ámbito en que se mueve Teilhard posee, aparentemente, la potencialidad de alcanzar realidades propiamente ‘religiosas’ (sin el intermediario de la metafísica) o ‘místicas’. Pero sólo se “(...) hallará lo que en el fenómeno indica a Dios, la religión natural y el aspecto natural del cristianismo, cuya verdadera esencia

sobrenatural se le escapa” (Chauchard, 1965, p. 134). Hay, entonces, un intento de no poco valor y profundidad por integrar las verdades de la fe con las verdades de la ciencia (natural).

Teilhard no pretende dar pruebas científicas de la existencia de Dios. No se afanó en reemplazar definitivamente el ejercicio especulativo de quienes tratan estas cuestiones dentro del ámbito filosófico y teológico. En ningún escrito afirma que su visión y tratamiento respecto al tema de Dios sea definitivo, concluyente y suficiente. Explora, más bien, este campo de estudio dentro del ámbito del ‘fenómeno’. Su fuero interno le animaba a una apasionada búsqueda de síntesis: “(...) la Ciencia, la Filosofía y la Religión convergen necesariamente al aproximarse al Todo. Convergen, digo bien, aunque sin confundirse y sin cesar, hasta el fin, de asediar lo Real desde ángulos y en planos diferentes” (de Chardin, 1984, p. 40). Hay distinción de los saberes, pero no separación. Uno de los puntos destacables en la obra de Teilhard (que, a juicio de muchos, resulta cuanto menos peligroso y falaz) es el dialogo permanente entre las distintas áreas del saber humano. Esta relación constante entre conocimientos de distinta índole se hace ver en falta en la actividad intelectual (científica, filosófica, teológica, etc.) –lo que ha traído múltiples consecuencias a nuestra civilización—. En Teilhard de Chardin conviven el poeta, el místico, el científico, el filósofo y el teólogo en una sorprendente unidad. Pese a ello, está claro que se le pueda criticar (desde distintos puntos de vista) con respecto a cada uno de estos ámbitos en que se mueve su pensamiento.

La mística y la ciencia parecen, entonces, tener una honda relación entre sí, y Teilhard no es el único que ha reconocido la secreta comunión entre ambos saberes. El propio Albert Einstein, quizás el físico más famoso e importante del siglo XX, desde una vereda espiritual e intelectual distinta, nos ha dejado testimonio de ello en algunos de sus escritos. Él considera que los orígenes del sentimiento religioso se hallan en el miedo y en la vida social y moral. Identifica, además, una tercera vía para acceder a una experiencia de tipo religioso, la cual resume en tres palabras: el ‘sentimiento cósmico religioso’. Al experimentar este sentimiento la persona:

(...) siente la futilidad de los deseos y aspiraciones humanas, y percibe al mismo tiempo el orden sublime y maravilloso que se pone de manifiesto tanto en la naturaleza como en el mundo del pensamiento. La existencia individual se le impone como una especie de prisión, y ansía experimentar el universo como un todo único significativo. (Einstein, 1988, p. 158)

A juicio de Einstein, ningún dogma o religión puede gloriarse de abarcar toda la profundidad de esta vivencia. Ninguna doctrina tiene el patrimonio absoluto de esta experiencia, inherentemente humana. En muchas oportunidades, incluso, llega a presentarse en quienes son considerados como herejes. La valoración religiosa de la investigación científica no deja de tener, pues, un especial interés antropológico ¿Puede acaso escapar el hombre, en algún ámbito de su existencia, de aquella dimensión así llamada ‘espiritual’ (o sagrada, simbólica, mitológica, etc.)? Para el físico alemán antes mencionado, el sentimiento cósmico religioso, finalmente, “(...) constituye la más fuerte y noble motivación de la investigación científica” (Einstein, 1988, p. 159).

## 7. Referencias

- Cuénot, C. (1968). *Nouveau lexique Teilhard de Chardin*. Éditions du seuil.
- de la Noi, P. (1973). *El personalismo de Teilhard de Chardin*. Editorial del Pacífico [e] Instituto de Estudios Políticos.
- de Chardin, P. T. (1963). *La energía humana*. Taurus.
- de Chardin, P. T. (1967). *Escritos del tiempo de guerra*. Taurus.
- de Chardin, P. T. (1984). *El fenómeno humano*. Ediciones Orbis.
- de Chardin, P. T. (2001). *Escritos esenciales*. Sal terrae.
- de Chardin, P. T. (2008). *El medio divino*. Trotta.
- Chauchard, P. (1965). *El ser humano según Teilhard de Chardin*. Herder.
- Einstein, A. (1988). El sentimiento cósmico religioso. En K. Wilber (Ed.), *Cuestiones cuánticas* (pp. 156-160). Kairós.
- Marías, J. (1995). *Problemas del cristianismo*. Planeta Deagostini.
- Nácar, E. y Colunga, A. (1961). *Sagrada Biblia*. Biblioteca de autores cristianos.
- Ortega y Gasset, J. (1964). *Obras completas V*. Revista de Occidente.
- Pascal, B. (2014). *Pensamientos*. RBA.
- Velasco, J. (2003). *El fenómeno místico*. Trotta.